

Helen E. Fisher



Anatomía del amor

*Historia natural de la monogamia,
el adulterio y el divorcio*

—Según fuentes dignas de crédito, más de un cincuenta por ciento de las mujeres casadas comete adulterio, cifra muy similar a la de los hombres en las mismas circunstancias, y la mayoría —especialmente entre las jóvenes generaciones— sin el menor asomo de culpabilidad. ¿Se dirán a sí mismas que está demostrado que la necesidad, o el impulso, de ser infieles están inscritos en nuestros genes? No parece que éste sea un argumento muy socorrido, pero según la autora de esta aguda, inteligente disección del amor, una «historia natural del adulterio, la monogamia y el divorcio», es una de las explicaciones más probables para un fenómeno que ella ha observado en las culturas más dispares y en diversos períodos de la historia. Y en realidad no se trata de la famosa «comezón del séptimo año», sino del «cuarto», período verdaderamente crítico en todas las parejas estables en edad de procrear.

Pero no es solamente sobre el adulterio y su lugar en nuestra sociedad adonde Helen E. Fisher apunta las armas de su aparato crítico y su saludable mirada desmitificadora, sino que hace un vasto estudio comparativo sobre el apareamiento y todas sus maneras y sus rituales, tal como es practicado en diferentes especies animales, y en diversas culturas del pasado y del presente. Y es así como la relación entre los hombres y las mujeres, y entre los hombres, las mujeres y el poder, adquiere nuevos significados a medida que la autora ilumina su historia, desde las primeras parejas en las cavernas de África hasta la estructura de las familias en las sociedades occidentales contemporáneas.

Para Ray Carroll

Índice

Agradecimientos

AL LECTOR: Una «forma de mirar»

1. EL CORTEJO, Juegos que juega la gente
2. EL ENAMORAMIENTO, ¿Por qué él? ¿Por qué ella?
3. LOS VÍNCULOS HUMANOS, ¿Es natural la monogamia?
4. ¿POR QUÉ EL ADULTERIO?, La naturaleza de la infidelidad
5. RADIOGRAFÍA DEL DIVORCIO, La comezón del cuarto año
6. «CUANDO EL NOBLE HOMBRE SALVAJE CORRÍA LIBRE POR LOS BOSQUES», Nuestros antepasados: la vida en los árboles
7. FUERA DEL EDÉN, Una teoría acerca del origen de la monogamia y el abandono
8. EROS, La aparición de las emociones sexuales
9. CANTOS DE SIRENA, Evolución de la anatomía sexual humana
10. ¿POR QUÉ LOS HOMBRES NO PUEDEN SER MÁS PARECIDOS A LA MUJERES?, Desarrollo del cerebro sexual humano
11. LAS MUJERES, LOS HOMBRES Y EL PODER, La naturaleza de la política sexual
12. CASI HUMANOS, Génesis del parentesco y de la adolescencia

13. LA PRIMERA SOCIEDAD OPULENTE, El surgimiento de la conciencia
14. PASIONES VOLUBLES, El idilio de antaño
15. «HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE», Aparición de la subordinación femenina en Occidente
16. LA SEXUALIDAD DEL FUTURO, Avanzando hacia el pasado

BIBLIOGRAFÍA

AUTORA

APÉNDICE

NOTAS

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Ray Carroll, Florine y Gene Katz, y a Helen Fisher, mi madre, por el estupendo apoyo que me brindaron. Gracias a Judy Andrews y Sue Carroll por su importante colaboración en las tareas de investigación.

Les estoy enormemente agradecida a Mary Cunnane, mi editora de W. W. Norton, así como a William Rusin, Fran Rosencrantz, Jeannie Luciano, Patricia Anthonyson, Caroline Crawford, y al resto del personal de Norton, por sus inapreciables contribuciones en la preparación de este libro.

También quiero darles las gracias a Amanda Urban, mi agente, por su experto asesoramiento, a Lynn Goldberg y Louise Brockett por sus sabios consejos, a Nancy Crampton por tomar mi fotografía, a Michael Rothman por dibujar la ilustración del libro y a Otto Sonntag por corregir las pruebas.

Me siento en deuda con mis colegas Robert Alford, Laura Betzig, Vern Bullough, Robert Carneiro, Ray Carroll, Andrew Cherlin, Ceciley Collins, Ellen Dissanayake, Perry Faithorn, Stan Freed, David Givens, Terry Harrison, Sarah Hrdy, Albin Jones, Florine Katz, Warren Kinzey, Laura Klein, Peter Lacey, Michael Liebowitz, Richard Milner, Merry Muraskin, Barbara Pillsbury, Carolyn Reynolds, Alice Rossi, Lionel Tiger, Wenda Trevathan, Michael Trupp, Randall White y Milford Wolpoff por sus excelentes opiniones e importantes comentarios acerca de diversas secciones del manuscrito.

Además, quiero agradecer a mis amigos y a mi familia su paciencia y buen humor durante los años que duró la preparación del libro.

AL LECTOR: Una «forma de mirar»

Mi hermana y yo somos gemelas idénticas. Cuando cumplí cuatro o cinco años empecé a notar que los mayores nos observaban a mi hermana y a mí y nos hacían preguntas. ¿Percibía yo cuando Lorna tenía un problema? ¿Nos gustaban los mismos juguetes? ¿Pensaba yo alguna vez que era ella? Nos recuerdo sentadas en el asiento posterior del coche de la familia mientras comparábamos nuestras manos. Nuestra risa era igual, y aún lo es. A las dos nos atrae el peligro, si bien lo vivimos de maneras muy diferentes. Ella es piloto de un globo aerostático en Colorado, mientras que yo participo en polémicas sobre temas candentes como el adulterio y el divorcio en mesas redondas, por televisión o desde un estrado. Además ella es artista. Pinta telas enormes con pequeños toques de pincel, mientras que yo cambio de lugar minúsculas palabras a lo largo de cientos de páginas de manuscrito. Ambas son tareas que requieren paciencia y meticulosidad con los detalles. Y ambas trabajamos solas.

De modo que ya de pequeña comencé, casi sin darme cuenta, a observar mi conducta: ¿en qué proporción era heredada? ¿Cuánto se debía al aprendizaje?

Luego, en la universidad, descubrí el debate sobre la polaridad «naturaleza-educación» (*nature-nurture*). El concepto de John Locke de la *tabula rasa*, o página en blanco,

me perturbó profundamente. ¿Era realmente cada niño como una hoja en blanco sobre la cual la cultura inscribía la personalidad? No podía creerlo.

Luego leí el libro de Jane Goodall *En la senda del hombre*, sobre los chimpancés salvajes de Tanzania. Estos animales tenían diferentes personalidades, y hacían amistades, se cogían de la mano, se besaban, se daban unos a otros obsequios de hojas y hierbas, y estaban de duelo cuando moría un compañero. Me impresionó la continuidad emocional entre hombres y bestias. Y quedé convencida de que parte de mi comportamiento era de origen biológico.

De modo que este libro trata de los aspectos *innatos* del sexo y el amor y el matrimonio, esos rasgos y tendencias del apareamiento que *heredamos* de nuestros antepasados. El comportamiento humano es una mezcla compleja de fuerzas ambientales y hereditarias y no pretendo minimizar el poder que tiene la cultura de influir en las acciones humanas. Pero son las contribuciones genéticas de la conducta las que siempre me han intrigado.

El libro comenzó en el metro de Nueva York. Leía unas estadísticas sobre el matrimonio en los Estados Unidos cuando descubrí lo relativo al divorcio. Me pregunté si ese mismo esquema aparecería en otras culturas. Entonces analicé la información sobre el divorcio en sesenta y dos sociedades incluidas por las Naciones Unidas en sus anales demográficos. Me encontré con patrones peculiares muy semejantes. Luego examiné datos sobre adulterio en cuarenta y dos culturas. Cuando comparé estas cifras sobre los vínculos humanos a escala mundial con modelos de monogamia, «infidelidad» y abandono en pájaros y mamíferos no humanos, encontré semejanzas tan impresionantes que llegué a formular una teoría general sobre la evolución de la sexualidad y de la vida familiar en los humanos.

¿Por qué nos casamos? ¿Por qué algunos de nosotros cometemos adulterio? ¿Por qué las personas se divorcian? ¿Por qué lo intentamos una vez más y volvemos a casarnos?

El libro comienza con capítulos sobre la *naturaleza* del cortejo, el enamoramiento, la monogamia, el adulterio y el divorcio. Luego, a partir del capítulo VI, retrocedo hasta el comienzo de la vida social humana y rastreo la evolución de nuestra sexualidad desde sus comienzos en las praderas de África oriental unos cuatro millones de años atrás, pasando por la vida de los pintores de cavernas de la edad de hielo europea hasta los tiempos modernos, tanto en Occidente como en regiones más «exóticas».

Durante la presentación de mis teorías analizo por qué nos enamoramos de una persona y no de otra, la experiencia del amor a primera vista, la fisiología del afecto y de la infidelidad, por qué los hombres tienen grandes penes y las mujeres exhiben permanentemente sus pechos agrandados, las diferencias entre sexos a nivel cerebral, la evolución del concepto «mujeres, hombres y poder», la génesis de la adolescencia, el origen de nuestra conciencia, y muchas otras creaciones del impulso sexual humano. Finalmente, en el último capítulo, utilizo toda esta información para hacer algunas predicciones sobre los «vínculos» del mañana y, si sobrevivimos como especie, de los próximos milenios.

Pero, primero, algunas advertencias. A lo largo del libro incurro en muchas generalizaciones. Ni la conducta del lector ni la mía encajan en todos los modelos que describiré. ¿Por qué había de ser de otro modo? No existe ningún motivo para esperar una correlación estrecha entre todas nuestras conductas y las reglas generales de la naturaleza humana. Lo que puntualizo son los esquemas predominantes más que las excepciones.

Por otra parte, no hago el menor esfuerzo por ser «políticamente correcta». La naturaleza hizo a los hombres y a las mujeres para que trabajen hombro a hombro. Pero no puedo afirmar que son iguales. No lo son. Y he dado explicaciones evolucionistas y biológicas de las diferencias cuando me ha parecido apropiado.

También me he resistido a algunas modas en antropología. Actualmente, por ejemplo, ha caído en desuso utilizar a los bosquimanos !kung de África meridional como modelo para reconstruir la vida en nuestro pasado de cazadores-recolectores. Las razones por las cuales elegí seguir recurriendo a dicha sociedad como modelo las explico en muchas notas al final del texto que espero que el lector tenga tiempo de leer.

Algo muy alarmante para muchos lectores es que incurriera en los posibles componentes genéticos y adaptativos de conductas sociales complicadas, polémicas y a menudo muy dolorosas como el adulterio y el divorcio. Y, por cierto, *no defiendo* la infidelidad ni el abandono; más bien trato de entender estos perturbadores fenómenos de la vida humana.

Por último, yo soy etóloga, es decir, alguien interesado en los aspectos genéticos de la conducta. Los etólogos, como Margaret Mead dijo en una oportunidad de la perspectiva antropológica, tienen «una forma de mirar». Desde mi punto de vista, los seres humanos poseen una naturaleza común, un juego de tendencias o potencialidades *inconscientes* compartidas que están codificadas en nuestro ADN y que evolucionaron porque les eran útiles a nuestros antepasados millones de años atrás. No estamos al tanto de estas predisposiciones, pero aún hoy motivan nuestra conducta.

No creo, sin embargo, que seamos títeres de nuestros genes, que nuestro ADN *determine* nuestros actos. Al contrario, la cultura esculpe innumerables y diversas tradiciones con nuestro material genético. Luego los individuos responden a su ambiente y herencia en formas idiosincrásicas que desde tiempos inmemoriales los filósofos atribuyen al «libre albedrío».

En nuestro empeño por comprendernos, primero estudiamos el sol, la luna y las estrellas, luego las plantas y ani-

males que nos rodean. Hace apenas dos siglos que analizamos científicamente nuestras redes sociales y nuestras mentes. Durante la época victoriana los libros escritos por hombres o por mujeres iban en estantes separados. Alfred Kinsey, el sexólogo, realizó sus revolucionarios estudios sobre la vida sexual en los Estados Unidos ya en la década de los cincuenta. Y los académicos sólo últimamente han empezado a analizar las corrientes genéticas que subyacen a las costumbres humanas de apareamiento. De modo que este libro intenta explorar la *naturaleza* de nuestra vida erótica.

Hay magia en el amor, como bien saben los poetas y los enamorados. No pretendo violar ese santuario. Pero nuestros imperativos sexuales son tangibles, cognoscibles. Y creo firmemente que cuanto mejor comprendamos nuestra herencia humana, más la dominaremos y más amplio será nuestro libre albedrío.

Helen E. Fisher

Conócete entonces a ti mismo, no supongas que Dios se ocupará; el hombre es el objeto de un correcto estudio de la humanidad. Ubicado en este istmo de un estado intermedio, un ser oscuramente sabio y groseramente grande: con demasiados conocimientos para el Escepticismo, con demasiadas debilidades para el Estoicismo, allí se balancea, vacilando entre la acción y el reposo; sin saber si considerarse Dios o bestia; dudando de si cuerpo o mente preferir; nacido apenas para morir, y racional apenas para errar; igualmente ignorante su razón, sea porque piensa poco o demasiado; caos de pensamiento y pasión, todo confundido; aún responsable de engaños y desengaños; creado tanto para erguirse como para caer; gran señor de todas las cosas, y sin embargo presa de todas ellas; único juez de la verdad, enredado en errores interminables; gloria, broma y enigma del universo.

ALEXANDER POPE

I. EL CORTEJO

Juegos que juega la gente

Motivados por la fuerza del amor,
fragmentos del mundo se buscan entre sí para que pueda haber un mundo.

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN

En una historia apócrifa, un colega se dirigía al gran genetista británico J. B. S. Haldane de esta manera: «Dígame, señor Haldane, sabiendo de sus trabajos sobre la naturaleza, ¿qué puede decirme acerca de Dios?». Haldane respondía: «Que siente una asombrosa simpatía por los escarabajos». Realmente, hay en el mundo más de trescientas mil especies de escarabajos. Yo agregaría que a «Dios» le encantan los juegos humanos de apareamiento, ya que ningún otro aspecto de nuestra conducta es tan complejo, tan sutil o tan penetrante. Y a pesar de que las estrategias sexuales varían de un individuo a otro, la coreografía esencial del cortejo, del amor y del casamiento entre los seres humanos tiene una mirada de diseños que parecen inscritos

en la mente humana como resultado del tiempo, la selección y la evolución.

Comienzan en el momento en que hombres y mujeres, con nuestras formas de flirtear, entramos en el terreno del galanteo.

EL LENGUAJE DEL CUERPO

En la década de los sesenta, Eibl-Eibesfeldt, un etólogo alemán^[1], creyó descubrir un curioso esquema de conductas femeninas de flirteo. Eibl-Eibesfeldt había utilizado una cámara con una lente secreta: cuando la apuntaba al frente en realidad estaba fotografiando lo que tenía al costado. De este modo podía enfocar objetos cercanos y fotografiar expresiones faciales no ensayadas de las personas que tenía junto a él. En sus viajes a Samoa, Papúa, Francia, Japón, África y Amazonia, registró numerosas secuencias de cortejo. Después, en su laboratorio del Instituto Max Planck de Fisiología de la Conducta, ubicado cerca de Munich, Alemania, analizaba cuidadosamente, cuadro por cuadro, cada episodio de cortejo.

Un esquema universal del flirteo femenino comenzó a surgir. Aparentemente, mujeres de lugares tan diferentes como la jungla amazónica, los salones de París y las tierras altas de Nueva Guinea, flirtean con la misma secuencia de expresiones.

En primer lugar, la mujer sonríe a su admirador y levanta las cejas con una sacudida súbita mientras abre bien los ojos para observarlo. Luego baja los párpados, ladea y baja la cabeza y mira hacia otro lado. Con frecuencia también se cubre el rostro con las manos, riendo nerviosamente mientras se oculta tras las palmas. Esta secuencia gestual de flirteo es tan característica que Eibl-Eibesfeldt está convencido de que es innata, una táctica femenina de cortejo a la